HOJA del LUNES, MALAGA. 9 de Abril de 1979.

Cantar a Dios en las calles: LA SAETA

Cante puramente gitano, por siguiriyas y por martinetes son los más populares, pero los hay también por soleares, por polos y cañas y hasta por fandangos

MANUEL TORRE FUE EL MAS GRANDE SAETERO DE LA HISTORIA

POR OIRLE A EL CANTAR SURGIO LA COSTUMBRE DE «MECER» LOS PASOS SIN MOVERLOS DEL SITIO

Antonio Mairena, quien en la actualidad es el que más ha profundizado en el arte de las saetas

De cómo la saeta vieja se convierte en moderna o flamenca ha sido y es tema de polémica. Curioso es constatar cómo los flamencólogos dan mucha más importancia a esta, en abierta oposición con los folkloristas. Así, Rossy escribe: «Realmente, la saeta de principios de siglo estaba ya en declive por demasiado empalagosa. Se trata de un canto decadente que había de ser relevado...» Fernando Quiñones afirma que alcanzó a escuchar en Cádiz, en una mañana de la «recogida» de la cofradía del Perdón, «un neto ejemplo de la primitiva, llana, sosa y ya casi desaparecido saeta no flamenca, que parecía más bien una plegaria cantada.» José Carlos de Luna va más lejos que nadie al considerar las saetas del viejo estilo «amasadas con almíbar y entremimos y suspiros de monjitas candorosas», o bien, «ñoñas y frías, ya casi olvidadas o, por lo menos, justificadamente inestimables», o bien «pobres de estilo y de ejecución monótona y cansina». Y cuando Luna afirma sin reservas que «la saeta por siguiriyas es la verdaderamente popular» provoca una severa réplica de Arcadio Larrea, quien a seguido califica a este estilo flamenco de «falsificación burdísima». Rodríguez Marín también arremete contra el aflamencamiento de la saeta y Joaquín Turina creía que el género había dejado definitivamente de ser auténtico cuando los cantaores profesionales lo tomaron del pueblo y lo vendieron a tanto la copla.

Tenemos, pues, dos tendencias claramente definidas y francamente opuestas. Pero el hecho indudable, que hemos de aceptar quiérase o no, es el aflamencamiento de la saeta y su enorme popularización en sus formas jondas, que hoy, desde luego, tienen primacía.

Las modernas saetas se hallan en la órbita del cante puramente gitano. Es lógico. Aunque los gitanos son una raza sin religiosidad definida y que desconoce el misticismo, si bien adaptable a las creencias de los pueblos con los que conviven, se siente identificado con los episodios de la Pasión y consideran a Jesús como un hermano en desgracia que sufre persecución y muerte. Al asimilar las saetas ningún molde mejor le pudieron prestar que el de las siguiriyas, ese cante creado por ellos para cantar penas y amarguras. Con posterioridad surgieron otras modalidades, cantándose saetas por soleares, por polos y cañas, hasta por fandangos. Y sobre todo por martinetes, estilo que pugna en dramatismo con las siguiriyas y tan popularizado entre los saeteros modernos que, según Rossy, «el martinete ya no suena a martinete, sino a saeta».

CHELE FATETA, CENTENO, EL GLORIA...

Como Enrique el Mellizo, otro gran saetero fue Chele Fateta, hermano del insigne Aurelio Sellé, fallecido en el año 1913, quien contribuyó excepcionalmente a popularizar y difundir el género. En cuanto a Aurelio es curioso señalar que jamás accedió a cantar una saeta. «Me siento incapaz de cantar al Nazareno —explicaba—. Yo puedo cantarle a una persona, pero a El... se me doblan las rodillas y no puedo, no puedo, prefiero que todo lo que le vaya a decir en la saeta se lo diga rezando...»

Manuel Centeno fue, es cierto, un extraordinario saetero, cuyas actuaciones en las Semanas Santas de Sevilla —las más famosas del mundo— en las décadas segunda y tercera de nuestro siglo hicieron época y crearon escuela, surgiendo cantaores en pléyade que le imitaban lo mejor que podían, lo que no era poco, pues el cante de Centeno exigía grandes facultades.

Si hubo un cantaor que se distinguió sobre todo en el cante de saetas, hasta el punto de ser considerado casi con exclusividad especialista en él, fue el Niño Gloria, cuya voz se avenía idóneamente al género.

MANUEL TORRE, SOBRE TODOS

Pero cuando Manuel Torre, el gitano de Jerez, estaba de buenas, no había quien pudiese resistírsele. A él se debe el macho o cambio que perdura hasta hoy y que lleva la siguiente extraña y absurda letra:

Como eres
pare de lamas, ministro de [Cristo.
Troncón
de la Santa Madre Iglesia [Santa
y árbo del paraíso.

«Fue una mañana de Viernes Santos —nos dice Manuel Barrios—. Manuel Torre está en el balcón del ganadero don Eduardo Miura, y al aparecer en la calle el paso de la Sentencia, él, en tensión los nervios, apretando los hierros de la baranda, la voz densa, un poco nasal, recibe a la imagen con la mejor saeta que se ha cantado en Sevilla. Cuando cierra el pelizco del último ay, la gente que asiste, pasmada, al acontecimiento no aplaude, no vitorea. Todos sacan los pañuelos, en silencio, y la plaza de la Encarnación se convierte en un inmenso aletear de palomas blancas que piden una nueva saeta a aquel hombre fabuloso a quien un gitanillo, que le acompaña, dice, señalando a don Eduardo Miura: "Fíjate, primo, con la mala uva que se gasta criando toros y ahí lo tienes, que me lo has hecho llorar." Era una de las dos veces, históricas, en que lloró el famosísimo ganadero. La otra, cuando se enteró de que Juan Belmonte había cogido el pitón de uno de sus toros por la cepa. Así, realmente, nace la saeta grande. Es inútil que rebusquemos por entre los corales de las primeras raíces. La saeta, en toda su majestad y hondura, nace un día cualquiera por obra y gracia de un gitano bronco y misterioso cuyo cante "quebraba el azogue de los espejos"...»

Y Ricardo Molina escribió: «¿Cómo fueron aquellas saetas espeluznantes de Manuel Torre? Hay quien dice que la costumbre sevillana de mover rítmicamente los «pasos», pero sin avanzar, procede de una saeta del gran cantaor sevillano-jerezano. Cuéntase que el capataz de los costaleros dio orden de seguir marchando en el momento en que Manuel Torre empazaba a cantar una saeta. Los costaleros, obedeciendo al mandato, alzaron sobre sus hombros el «paso», pero no avanzaron, limitándose a moverlo rítmicamente hasta que Manuel Torre cantó lo que quiso. Dicen que a partir de aquel episodio se generalizó la costumbre de «mecer» los «pasos». No sé si la historia es historia o cuento. A mí me merece pleno crédito y la encuentro perfectamente verosímil.»

Allí donde cantaba Manuel Torre se convertía en la principal atracción, más que la propia procesión en sí, y calles y plazas en los alrededores llenaban hasta rebosar. Nos lo cuenta Pericón de Cádiz, que lo vio un año en Jerez. Cantaba el Torre desde el balcón de la casa de uno que lo había llamado, y cuando se corrió la voz por Jerez, desde una hora antes de que pasara la procesión ya estaba la plaza llena de gente, «y viene el Cristo y lo acercan al balcón y sale este hombre en mangas de camisa, con las mangas «arremangás» arriba, con ese tupé «tirao» a la frente, y empieza a cantar saetas, «tor» mundo «callao», y cuando ya acabó y se llevaron al Cristo y se fue la gente, se veía en el suelo una cantidad de pedazos de camisas y pedazos de chaquetas..., de lo que formó ese hombre cantando por saetas.

OTROS GRANDES

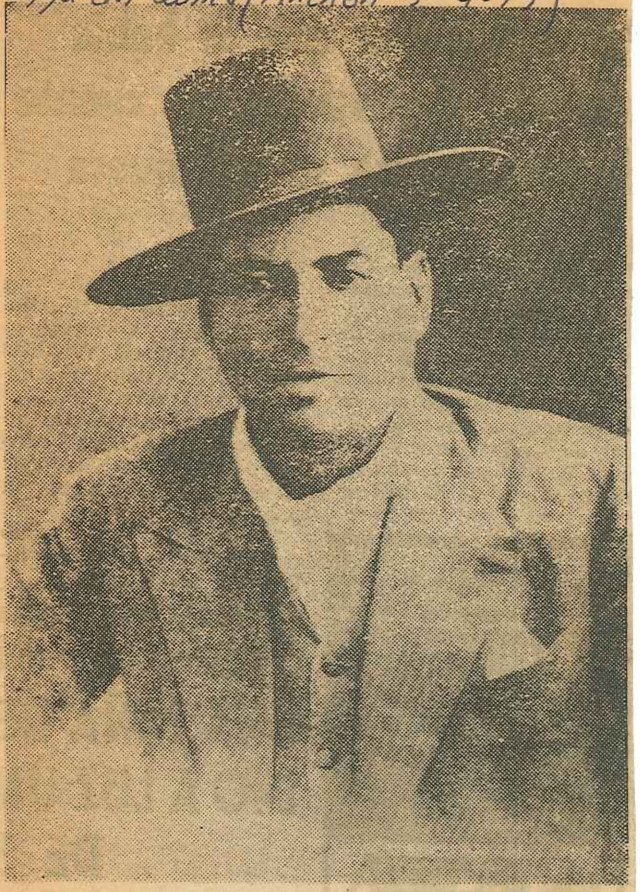
Hubo otros grandes saeteros a más de los citados: Pastora y Tomás Pavón, Manuel Vallejo y seguramente los grandes maestros de la siguiriya y la toná del siglo pasado, como Silverio Franconetti, el Nitri, los Cagancho, Curro Durse y Marrurro.

Hoy, el gran maestro es Antonio Mairena, quien profundizó en el estudio del género con la dedicación que pone en todas las cosas del flamenco. Y pocos más contemporáneos podemos citar. Porque en bocas de muchos irresponsables que cantan lo que les viene en gana, sin facultades ni conocimientos, la saeta se halla en franca decadencia.

Las saetas de hoy, ciertamente, no son ni sombra de las que se cantaban hace medio siglo, aunque gusten a los turistas y dejen buenos rendimientos.

Angel Alvarez Caballero

Hoja del Lunes (MALAGA 5-4-79)



Manuel Torre, el gitano de Jerez cuyas saetas cuando se hallaba inspirado fueron calificadas de espeluznantes